

Buenos Aires, mayo 17 de 1935.

Pídole mil perdones, señora y amiga mía muy estimada, por la irreverencia de escribirle a máquina. La extensión de estas líneas, la necesidad de ganar tiempo y su amabilidad, me disculpan.

Para señalarle con "toda crudeza", "sincero e implacable", como V. me lo pide, los "defectos, cualidades e imperfecciones" de su novela que a mí se me alcancen, despójome aquí de la etiqueta obligada por nuestro escaso trato y diferencia de sexos. Quiero que vayamos como dos viejos amigos tomados del brazo en trance de analizar un problema, abierta el alma y agudizada la comprensión, sin la valla de los formulismos. Apoyo mi actitud en su cordialidad, su franqueza y la generosa oferta de su amistad.

Si en algún momento esta camaradería fuera destemplada... !pardon! Créala involuntaria y a mí apesadumbrado.

He leído dos veces su novela, con toda detención, como si hubiera sido un trabajo mío.

Lenguaje, arquitectura, personajes, acciones, todo lo he analizado, después de sentirlo. (Si lo que se siente resiste victorioso el análisis, podemos afirmar su valor.) Puesto fin a esta suerte de penetración en la vida (palabras, sentimientos, <sup>a</sup>pehsamientos, actos) de los seres por V. creados; éste entender y explicarme la trayectoria que les hace cumplir, -primero por mi sensibilidad y luego por mi razón- haréle historia del proceso y con ella tendrá V. explicada mi reacción ante su obra, vale decir: cuanto sentí y pensé frente a ella.



2)

No soy purista. Creo que el lenguaje es un ser viviente y como tal evoluciona. Por consiguiente, a nuevas necesidades nuevos órganos. Pero así como chocha un ser vestido sin armonía de colores, de línea y corte, también la precariedad, el sonsonete, lo vulgar, en el lenguaje, hieren el buen gusto. Sigo convencido <sup>de</sup> que la pureza del cristal se transmite al vino. Ya dije públicamente que V. tiene estilo, sobriedad, precisión. Fáltale únicamente castigar el ritmo para evitar cierta monotonía, afinar el oído para acabar con las cacofonías. Me ha permitido indicar con lápiz a lo largo de sus originales, allí donde las he encontrado, oscuridades de expresión; he puesto entre paréntesis las palabras o párrafos que entiendo debiera V. suprimir; he substituido, en algunos casos, expresiones tuyas por otras que me parecen más armoniosas y someto a su buena comprensión; también he señalado el abundante uso del adjetivo indefinido, del artículo, (polizontes deslizados en el castellano de quienes tienen por costumbre leer mucho francés) sustituyéndolos cuando fué llegado el caso para hacerle más claro mi pensamiento. (Hace ya algunos años, *siendo* yo ~~un~~ muy muchacho, me decía Valle Inclán que el primer paso para conseguir la perfección formal del lenguaje está en hacer el menor uso posible de lo que los gramáticos llaman palabras de *enlace*, en emplear palabras polisilábicas para distribuir el ritmo sabiamente, en ondas ascendentes y descendentes. El griego clásico, que André Chenier llamó "le plus beau qui soit né sur les levres humaines", fué armónico y bello por esa carencia de pequeñas palabras que hacían innecesarias las declinaciones.) He señalado, profusamente las cacofonías en que ha incurrido y también me permití, ejemplarizando alguna vez, hacer la corrección a mi juicio necesaria para evitar aquellas y para fundir más la expresión



3)

con la acción. (Por ejemplo, pág. 61, al final) Toda la novela escrita en las dos formas del pretérito, perfecto e imperfecto, hace que la monotonía gane sus páginas forzosamente. Para darle más vida y evitar al mismo tiempo los choques cacofónicos hay que alternar los tiempos verbales, efectuando translaciones a medidas que sean requeridas. Ello es, por otra parte, una de las clásicas figuras sintácticas... Se caracteriza su expresión por el buen gusto. Huye V. del lugar común, de la metáfora o la alegoría gastadas. Las tiene V. propias, hermosas y bien originales; sin embargo, se le han deslizado algunas que yo suprimiría o cambiaría: "la ciudad multiforme y única" (pág. 44), "a su alrededor rugía el alma gigantesca de la ciudad tentacular" (pág. 53), casi enseguida "le dijo él con emoción"... También: "pletórico de granos" (pág. 1) "canal ingenuo" (pág. 16), "ramas impúdicas" (pág. 17); los calificativos me parecen chocantes... Y no recuerdo ahora si algo más. En todos los casos, están señalados con lápiz.

Noto que hay capítulos perfectos; el conjunto de ellos puede serlo, entonces. Sin duda alguna V. ha trabajado más unos y descuidado otros urgida por el tiempo o la fiebre creadora, dejando de cincelarlos con igual amor.

Y termino con estas ya exageradas minucias de cocina, para ir a la médula del libro.

X

Veamos la arquitectura: Desenvuélvese sobriamente esta novela en la que vuelvo a encontrar el buen orden, la claridad, la precisión, ya señaladas por mí en "El abrazo de la tierra". Paisajes, retratos, ambientes, quedan dibujados en breves líneas con exactitud, colorido, relieve. Es V. observadora y analítica, paisajista y psicóloga. Los finales de capítulo, como en su obra anterior, lucen la belleza sintética de un soneto... que sea soneto. Todo es medida, armonía de proporciones,



4)

línea funcional, diría, tomando un término muy moderno al vocabulario arquitectónico. Lo necesario; a veces un poco menos... Y nada más. Si en lo que la novela tiene de externo, -el lenguaje, su construcción- esto es un mérito, suele ello producir vacíos cuando se aplica a la entraña misma de la creación. Al tratar los personajes episódicos es admisible el breve trazo que los retrata y la descripción de sus acciones, para no recargar. Ellos dan la característica del clima novelesco; basta, pues, con ese pasar incidental sobre sus vidas. En lo tocante a los principales, creo, como Ortega y Gasset, aunque no esté de acuerdo sobre sus muchas teorías acerca de la novela, que "El imperativo de la novela es la autopsia. Nada de referirnos lo que un personaje es: hace falta que lo veamos con nuestros propios ojos". Usted "hace hacer" a los suyos; pero, a veces, esa acción, puede que sea por la sobriedad con que está esbozada, no aparece cual lógica consecuencia del temperamento atribuido al personaje; o hay error en tal atribución, -y es lo que sucede, a mi juicio- o la acción no tuvo desenvolvimiento suficiente para que de ella se desprenda, flagrantemente, la virtud o el defecto atribuidos. Un ejemplo: Habla V. de "Los refinamientos de cerebral" de Gabriel Román (pág. 52). ¿Cree V. refinado a su héroe? Yo no, viéndolo a través de su obra. Gabriel no procede como refinado; sí como bruto. (Bruto: tosco, sin pulimento, falta de razón) A Irene la fascinaba, instintivamente, "el niño del arroyo, con su sabor magníficamente primitivo" por contraste con los hombres del mundo en que ella siempre vivió. La curiosidad femenina, exacerbada por las dificultades que se le oponen, su sensualidad contenida, la llevan a entregarse. Gabriel, por el estigma freudiano de su nacimiento, por toda su vida de infante y de adolescente, muy certeramente pintada por V., es una fuerza ciega y bruta, un temperamento sensible, aleación que dá contradictorios altos y bajos,



es cierto; pero este señor que toma su "café crème", va al "bal musette", y busca en el amor mercenario la satisfacción de sus sentidos, es un perfecto burgués, no un refinado. El refinado huye del placer de la masa ("café crème", "bal musette", &), busca siempre la calidad y no la cantidad, a menos que ambas concurren; en el refinado manda siempre el cerebro sobre la materia. A Gabriel es esta, por lo general, la que lo domina: hasta cuando se casa va buscando como V. dice: "su tranquilidad". El refinado vive en la intranquilidad/por que ella es su medio, como el ave, en el aire, sobre la rama, presta a buscar la libertad o la muerte, nunca en el nido sino cuando procrea. Tampoco lo veo "atormentado", según su calificación, por boca de Irene y en sus descripciones. Gabriel, mas que atormentado es un descentrado. El manojo de nervios que su madre le legó al concebirlo y nutrirlo, bajo el dolor del otro hijo perdido tragicamente, y la herencia del temperamento paterno, simple y campechano, sin más inquietudes que las puramente animales, forman en él un complejo contradictorio. Su amistad de colegio ligalo a un muchacho de otro mundo distinto al suyo: es lógica esa atracción de contrarios. V, la señala. Hacia ella deriva la ternura que la desaparición materna y la incomprensión paterna, > impidió expandir por su cauce natural. Alcanza a ver y a sentir por la soledad del hogar, -la soledad nos vuelve introspectivos- las diferencias sociales, su inferioridad de vida y posición. Su temperamento sensible magnifica las situaciones; la falta de principios y de educación lo mantiene desorientado; solicítanlo a la vez encontradas fuerzas morales y materiales. Nace en él la aspiración de superarse; pero, ¿está capacitado para ello? No, al menos a través de su pintura. De ahí su descentramiento, que V. ha establecido muy bien cuando dice: (pág. 63) "Se hacía a sí mismo el efecto de ser en la vida como un hombre que no



está nunca en lo suyo sino en campo extraño, enemigo, del que tendrá siempre que partir..."Y esto está muy bien dicho, por que es así, efectivamente.

Descentrada es, también, Irene. Usted lo dice: "tenía el snobismo de la intelectualidad", como Gabriel alimentaba en cierto modo el de alcanzar el roce con otra clase social y tal vez convivir con ella, ambos sin estar preparados para el tránsito. Ella no tenía más cultura que la de leer en tres idiomas dejando "resbalar un ojo sobre cada libro europeo que veía la luz". El, para penetrar en ese otro mundo, - que cree escalón superior al suyo - ¿con qué bagaje cuenta? Con una educación trunca y deficiente, su manojillo de nervios, la tosqueidad paterna y el roce transitorio con un amigo al que ambiciona parecerse. Es decir, todo es mimetismo; o narcisismo; nada condición propia, definida y *h*enchida de poder expansivo. Yo creo que el afán de las clases sociales por simular un estado que no es el suyo, por cambiar, sin una previa, lenta, sólida y fervorosa preparación, que no es de días, sino de años y muchos, es lo que trae ese descentramiento.

El obrero quiere ser burgués; el burgués, aristócrata; cualquiera de estos a menudo pretende ser artista. (~~He~~ dicho pretende. Si en realidad lo es, descuella por gravitación propia). No hay vocaciones sino narcisismo, en el fondo de todas estas tendencias; no hay convicción sino mimetismo. Y más agudizados, desgraciadamente, en estos pueblos de América. No es que ya crea que cada hombre no tiene derecho al ascenso en la escala social; no, lo creo y por profunda y arraigada convicción; pero la jerarquía, al par que acuerda derechos impone deberes. Tras aquellos corren todos acuciados por la concupiscencia y la satisfacción de bajos instintos; porque no los anima sino el goce y



no el deleite del sufrimiento que los deberes imponen, Se quiere aparentar. Cuando se es aborrecese la simulación. Es un mal muy hondo, complejo y difícil de curar... al menos por el momento. Antes de la guerra había una escala de valores, había jerarquías, a las que el talento, y no la osadía, llegaba por su propia función. Aquella lo desquició todo. Y no hemos vuelto a restablecer bases firmes para la consolidación del orden perdido. "Natura non facit saltus"

La hibridez que produce el narcisismo es la causa de la esterilidad en que se debaten <sup>quienes,</sup> por una razón u otra, sufren ese descentramiento a que ha aludido. "Soledad moral" lo llama V...! Sea! Pero yo creo que es horfandad de semejantes que comprendan. Nadie comprende alrededor de los descentrados, por la misma razón que no engendran los híbridos. Al romper el lazo de solidaridad con la clase o especie propias, sin atar el que ha de ligarlos a la clase o especie superior, húndense en el abismo, en lo yermo. ¡Sólo los tuyos te comprenderán!, dicen en alguna parte las Sagradas Escrituras. Es decir, los que sienten y piensan como tú. Esos descentrados no tienen nunca a su lado el apoyo del brazo fraterno, porque su soberbia los aísla de sus iguales; y de aquellos hacia quienes va <sup>W</sup> el recelo. Sin contar el desprecio de estos últimos. Y tienen recelo porque no se sienten sintonizados con el mundo que aspiran a penetrar. Es el reconocimiento de la propia inferioridad. Quien se sabe superior se siente tranquilo, seguro, a menos que sea tímido. Pero no es del caso ahora contemplar este aspecto del problema, porque Gabriel no es tímido. Tal vez lo fue de niño; V. lo hace entrever. Después lo afirma dueño de sí mismo y ese dominio lo lleva a reconocer su falla de origen que no corrigió en la vida, tal vez porque en lugar de seguir sus estudios superiores se dió al trabajo junto al pa



dre. Y en este trabajo mismo no fué el hombre de visión que se supera. Contentóse con seguir la senda abierta por el padre y seguirla mediocremente.

...Con todas estas consideraciones creo tendrá V. claramente mi visión de Gabriel, tal como su obra me lo revela.

Ahora le hablaré de Irene. Esa sí está de cuerpo entero en su obra; es como es, al hilo de sus páginas. Su penetrante poder psicológico desmenuzando a la perfección, algo a la ligera en un principio aunque lo deja entrever claramente, el temperamento de Irene y su conducta. Esta es de la estirpe de Ana María. Una sensual contenida por la educación y la raza y al mismo tiempo una sentimental. ¡Terrible dualidad! Tiene con la heroína de "El Abrazo de la Tierra" la diferencia de estado y ambiente, que la llevan con más ímpetu por el camino de su vida. Al principio del capítulo 4º de la segunda parte (pág. 56) describe V. el aturdimiento en que se sume Irene al amueblar su departamento del barrio de L'Etoile, después de haberse entregado a Gabriel desenfrenada y locamente y de haber partido éste, y dice: "el departamento tomó un aire de nido caliente y..." (primero puso usted voluptuoso; después tachó, escribiendo amoroso). Le faltó el verdadero vocablo: sensual; sí, sensual, porque es la despierta y hambrienta sensualidad de Irene la que corre por la válvula del amueblamiento y se manifiesta perennemente allí. Sus sentidos necesitan de aquella derivación hasta que para satisfacerlos y para acallar su sed de ilusión corre a Chile más tarde, donde la curra el pobre espectáculo del tremendo espéjismo en que la sumiera su temperamento. Ella llevaba en sí un Gabriel distinto del que encuentra. El choque obra como reactivo. Soñó un enigma donde no lo había. Idealizó su ilusión bajo la fiebre de su sensibilidad



exasperada. (Usted habla de "su desbocada fantasía"...y así es) Cuando se dice Irene: "ya no recuerdo si tal cosa la dijo o si yo deseé que la dijera..." exhibe al desnudo su pensamiento. Es Irene la verdadera protagonista de su obra, la figura más sólida, coherente, acabada. Sus acciones las vemos; y por ellas las conocemos. Si alguna vez nos llama V. la atención acerca de ellas, no se contradice; antes por el contrario, ratifica. El que Irene haga su confidente a Eduardo, es una feliz observación y un refuerzo de palabras suyas al contar el despego de Irene por él. Confidente y amante son antípodas en el mundo del amor.

Tomo así, de un lado y otro, episodios aislados para ejemplarizar. Toda la vida de Irene que conocemos podría comentarla para sostener mi juicio.

Y voy a terminar. Esta no es una carta, sino un río desbordado. Aclarada la idea que yo tengo de su novela no encontrará V. raro que le diga; el título me parece incoloro. Habrá V. notado que ni una sola vez lo he escrito a lo largo de estas <sup>ya largas</sup> líneas. "Descentrados" podría ser un título sintético. "Los noveleros" otro, en la acepción en que fué traducida "Les Romanesques" de Rostand, hace años. Cada cual según se quiera insistir en alguno de los dos aspectos primordiales del vivir de la pareja de personajes centrales. En rigor, también pueden estar "Perdidos en la Sombra" de sus yo, que carentes de conciencia y voluntad encuentran oscuro el camino de sus existencias y se pierden en la senda artera de los sentidos, del instinto desbocado. Hay "Perduti nel buio", obra teatral italiana, con título semejante; también "Sombras sobre la tierra", una reciente novela de autor uruguayo. Ello podría invalidar "Perdidos en la Sombra", desde el punto de vista de la originalidad.

...Y termino. Espero que siempre tomados del brazo, abierta



el alma y agudizada la comprensión, sin la valla de los formulismos, sin que una sombra haya empañado la espontánea charla.

Ahora me atrevo yo a rogarle sea tan bondadosa que, después de haber sportado mi epístola, me comunique sinceramente su opinión, -de la que muy alto concepto tengo- acerca de mis juicios. Sería para mí un gran placer confrontarla con la mía. Cada mañana nos trae una nueva enseñanza y yo no desespero de aprender algo de quien es tan fina maestra de la novela.

Señora, con toda simpatía y cordialidad, quedo su invariable servidor y amigo.

Francisco Salinas

Y ahora quiero estampar de mi puño y letra mi sentir totalizado acerca de su novela: Hermosa digna de "El abrazo de la tierra" a la que supera por la finura del análisis psicológico, es bien francesa por su armonía y proporciones.

A la Señora Mari Yan  
Avenida Brasil, 94  
Santiago de Chile.